

LA CAMPAÑA ARTÍSTICA DURANTE LA ACTUAL TEMPORADA EN EL TEATRO REAL

D. Juan, que estaba convencido de todo esto, cuando le pareció oportuno se dedicó á buscar á su gemela con verdadero ahínco, y aunque hizo grandes viajes por si acaso estaba algo descarriada, con gran sentimiento de su parte, no la encontró, lo que le desesperó mucho, entregándole á tales cavilaciones para averiguar qué habría sido de ella, que de cavilación en cavilación, vino á dar en una verdadera locura, que os diré de pasada y con toda clase de salvaduras y protestas, para que quede en buen lugar D. Juan, lugar que es el que le corresponde.

Es el caso que, pensando pensando, se le ocurrió si el ángel encargado de echar su alma al mundo habría sido un desarregrado tal, que á mala intención no lo achacaba D. Juan, que hubiese metido á su gemela en un cuerpo que no era de la clase que por clasificación le correspondía; en una palabra, llegó á sospechar si estaría dentro de algún hombre; y aquí fué Troya. Era éste un aspecto del fatalismo con que no había contado D. Juan, y por el que estaba decidido á no pasar, dicho sea en honor suyo.

Desde que se le ocurrió semejante disparate quedó como loco; miraba con espanto á los hombres; huía de sus amigos, y huía más á medida que más les quería; y sabe Dios á qué extremos le hubiese conducido su manía, de haberle durado mucho. Felizmente se le pasó pronto, y como si hubiere determinado el último período de su inquisición, se tranquilizó, cesó en sus pesquisas, y determinó dejar á su gemela como cosa perdida.

D. Juan, que como buen fatalista no se había dado nunca mucha prisa, contando siempre con el mañana, tampoco se la había tomado en todo lo que llevamos dicho; de donde resultó que en la frustrada busca y captura de su gemela tardó muchos años, y ya tenía más de cincuenta cuando lo dejó, y entonces, calculando que no la encontraría ya; que si la encontraba, él estaba tal que casi no valía la pena de hallarla; y como sucediese que para mayor desgracia suya tenía una vocación decidida por el matrimonio, pensó acabar sus días tranquilamente en hogar propio, y teniendo alguien que le consolase y le atendiese en su vejez, para lo cual, ya que no pudiese ser, por culpa de los hados, con la que él hubiese querido, decidió casarse con la primer alma descahalada que encontrase al paso; y como de esta clase de almas hay muchas, halló lo que buscaba en una mujer un poquito jamona, pero soltera todavía, de buen ver y de tan excelentes condiciones, que de no admitir un fatalismo análogo al de D. Juan, únicamente podría achacarse su pertinaz soltería á una especie de sentimentalismo mal entendido que padecía en juventud, y que fué causa de que todos sus proyectos matrimoniales se malograran: la cual señora ó señorita, que ya desesperaba de casarse, luego que encontró con quién, decidió hacerle con todas las de la ley, convenciendo á las gentes, al novio y hasta á sí misma, de que realizaba un matrimonio por amor, para lo que empezó por D. Juan, al que intentó hacer creer que ella era la única y feliz poseedora del alma que durante tanto tiempo había él buscado inútilmente. No cayó D. Juan en el lazo; antes bien, la hizo ver que él apenas si buscaba en su matrimonio con ella más que el mutuo auxilio de que hablan los sagrados cánones, por lo que sería muy conveniente dejarse de sentimentalismos trasnochados.

Hízolo así ella, y D. Juan pasó, si no feliz, sosegada y apaciblemente el resto de su existencia, dedicado á un fatalismo de segunda fila. Y un día, cuando nadie se lo esperaba, fué una cosa que parecía no tener importancia, D. Juan se acostó para no levantarse más.

En sus últimos momentos, más que de la salvación de su alma, se preocupaba D. Juan de sus teorías, y ya pensaba si toda aquella monserga de las almas gemelas sería una sandez, y él se había pasado la vida haciendo el tonto, cuando fuese alumbración, fuese que en los linderos de esta vida se vislumbran los misterios de la otra, vió que del fondo de un armario sacaban en el cielo su alma gemela, la echaban á toda prisa á este mundo, y encerrada en el cuerpo de una niña rubia lindísima y espiritual, venía dispuesta á adorarle.

Y es fama, aunque esto no puede asegurarse, pues fué cosa que se coligió por palabras entrecortadas que en su agonía pronunció D. Juan, que lejos de morir desesperado por lo que perdía, se fué tan contento al otro mundo por haberse salido con la suya y convencido de que, conforme con sus teorías, ocurre siempre en éste lo que necesaria y fatalmente tiene que suceder.

ANTONIO PLA

DE PAUL BOURGET

EL AMOR

DEFINICIÓN

Existe un cierto estado mental y físico durante el cual todo se borra en nosotros, en nuestro pensamiento, en nuestro corazón, en nuestros sentidos; ambición, deber, pasado, porvenir, costumbres, necesidades, ante la sola idea de un ser... A este estado le llamo Amor.

I

Todo amante que busca en el amor otra cosa que el amor, desde el interés hasta la vanidad, no es amante.

II

El amor supone la posesión, como el valor supone el peligro.

Un enamorado es á un amante lo que un soldado en tiempo de paz á un soldado en tiempo de guerra. No conoce su corazón.

III

No se es el amante de su querida, sino cuando ella le quiere ó le ha querido.

IV

Los hombres nunca son buenos jueces para determinar las cualidades por las cuales otro hombre gusta ó disgusta á las mujeres.

V

El hombre que no ha sido nunca, ó que no es amado, vive siempre odiando á los que se aman.

En atención á lo muy avanzada que se encuentra la presente temporada de ópera, y antes de que ésta termine, creemos cumplir con un deber de estricta justicia, haciendo un ligero examen crítico de los trabajos realizados en el presente año, así como de los beneficios que al arte hayan podido aportar; sin prejuicios, enaltecaremos los méritos de las personas que han contribuido á dicho fin, y deduciremos el tanto de culpa que resulte, aplicándolo á quien corresponda, para que, estimulados los unos, y amonestados los otros, tratar de ver si se puede conseguir que en las temporadas sucesivas se aumen los esfuerzos de todos y contribuyamos de esta manera á la realización del fin artístico.

Las alabanzas corresponden por entero á dos personas: el maestro Campanini y el Sr. Paris, empresario y director de escena de nuestro primer teatro lírico; analicemos detenidamente la labor realizada por ambos, y se verá fácilmente la exactitud de nuestra humilde opinión.

Al encargarse el Sr. Campanini de la dirección artística, en lo que á la parte musical se refiere adquirió un compromiso de gran trascendencia en su carrera, pues el cumplimiento de éste afectaba á la solidez de su reputación en el desempeño del cargo que actualmente ocupa; dicho compromiso era proseguir la regeneración musical de nuestro público, iniciada por el ilustre y nunca olvidado maestro Mancinelli, regeneración tanto más difícil de conseguir, cuanto que al movimiento inicial de progreso ha sucedido un período de calma, en el cual nos encontramos todavía, desde la marcha del citado maestro. Empresa tan grande, podía sólo realizarla un artista que poseyera las condiciones que ha demostrado el Sr. Campanini, y que son: un gran amor al trabajo y un dominio y conocimiento completo de las obras, de cuya dirección estaba encargado; siendo la primera de las cualidades innatas en él, nada hemos de añadir por nuestra parte; pero sí hemos de fijarnos en las otras, por el modo admirable con que ha sabido aplicarlas el maestro Campanini para conseguirlo. Entusiasta verdadero y respetuoso admirador de las obras de Wagner, estimó con muy buen acuerdo, que después de estudiadas técnicamente, viniendo al piano todas las dificultades de ejecución, debía completar dicho estudio asistiendo á las representaciones de Bayreuth, como así lo hizo en Mayo del año último. Se comprende perfectamente el conocimiento que de las expresadas audiciones adquirió, si se tiene en cuenta que, despojándose modestamente de la categoría artística que le correspondía, ocupó durante los ensayos en la orquesta del eminente maestro Richter un puesto que podríamos llamar de *estudiante*, anotando en la partitura todas cuantas observaciones oía, así como los detalles referentes á la interpretación de las obras que constituyen la famosa y hermosísima trilogía wagneriana; después de lo expuesto, fácilmente se comprende lo acreedor que es su meritoria labor al aplauso sincero y entusiasta que el público le ha otorgado, no sólo al dirigir y concertar *Lohengrin*, *Tunhuaiser* y últimamente la *Walkyria*, sino también en *Samson*, *Hugonotes* y *Aida*, en las cuales practicó el mismo procedimiento, logrando así un vigoroso entusiasmo, y no temiendo que acudir, por tanto, á efectos contrarios al buen gusto y á la verdad, á los plácemes otorgados por el público añado el mío, que aun cuando insignificante por la personalidad del que lo otorga, tiene al menos el raro mérito del desinterés.

Es preciso reconocer en el empresario, Sr. Paris, una marcada predilección por la parte artística del negocio cuya dirección le ha sido confiada, y basta para ello recordar la actividad y entusiasmo desplegados en la presentación de *Aida*, y los sacrificios que hizo para que nuestro público pudiera apreciar con la mayor exactitud posible la propiedad y rigorismo clásico de la citada obra; respecto á la ejecución, su deseo fué que fuese perfecta, y en tal sentido quiso contratar al eminente tenor Tamagno; no pudiendo realizar su intento, porque la parte económica del negocio no le permitía pagar *nueve mil pesetas por función* al célebre tenor; últimamente, en la representación de la *Walkyria*, no del todo satisfecho con el aparato escénico que en la anterior temporada presentó, ha reformado por completo el decorado del tercer acto, ajustándose vigorosamente al modo como se presenta en los principales teatros de Alemania. Con lo expuesto anteriormente basta para juzgar lo mucho con que ha contribuido el señor Paris á proseguir, no sólo la regeneración del gusto musical de nuestro público, sino también á refrescar el entusiasmo que ciertas obras han producido siempre entre los buenos aficionados. No desmaye, pues, el activo Director en su empresa; realice en los años sucesivos, como en el presente, la tarea de presentar de nuevo obras que, aun cuando son de repertorio, no han sido apreciadas por el público en todo lo que valen, por falta de elementos escénicos, y entre ellas muy bien pudieran ser presentadas de nuevo *Lohengrin* y *Tunhuaiser*, y de esa manera el trabajo que ahora parece inútil y estéril adquiriría en lo sucesivo la importancia que en justicia se merece.

Consignados los anteriores merecimientos, restáanos examinar si dichos esfuerzos han sido apreciados por la mayoría del público privilegiado; triste es tener que confesar que á tan grandes iniciativas han correspondido con una indiferencia y desvío altamente censurables los señores que ocupan las localidades de preferencia, pues sabido es que el público de las altas profesas estimación verdadera al arte, justificada por su puntual y constante asistencia á la ópera.

Dicho retraimiento está justificado, si se tiene en cuenta que á los señores les ha encantado siempre el brillo de las estrellas, luceros etc., vulgo tenores y tipes; la *great attraction* de las solemnidades del Real, estaban constituidas, para el mencionado público, por los alardes de agilidad, la extensión de voz y *monerías*, que sin perjuicio de falsificar las partituras, hacían el cartel de los cantantes; la lucha entre la garganta del artista y el flauta, los calderones interminables, la fuerza de resuello, etc. etc, fascinaban á nuestros elegantes y hacían soñar á nuestras aristocráticas bellezas; pero hoy, felizmente, y en beneficio del arte, la música moderna ha tomado nuevos rumbos: el cantante tiene mucha menos importancia; la voz humana es un instrumento más de la orquesta; al artista se le exige, no sólo que cante su parte mecánicamente como antes, sino que exprese declamando las situaciones diversas del diálogo, en una palabra, que *haga arte*; por otra parte, para apreciar las bellezas de las obras de Wagner, es necesario estudiarlas previamente, saber sentir y

y poseer un temperamento musical, mal avenido con la rutina de nuestro público, que presta atención solamente á las romanzas y arias aisladas y desligadas por completo del resto de la ópera; esto, unido á que el público privilegiado sólo desea las combinaciones de notas suficientes para no impedir la charla en palcos y butacas; y no pudiendo conseguir esto en las representaciones de las óperas modernas, de aquí su alejamiento del Teatro Real, con varios pretextos que inventan para encubrir el único que en realidad existe, cual es la falta absoluta de afición.

Con objeto de que una y otra parte del público vean satisfechas sus aficiones, yo me permitiría aconsejar al Sr. Paris, para el año próximo, que contratara algunas *estrellas*, y en cada semana señalara uno ó dos días, en los que se cantaran óperas *bien provistas* de las consabidas arias; y para resarcirse de los gastos que *los luceros* pudieran originarle, duplicase ó triplicara los precios, rindiendo así culto á la moda, dedicando las restantes noches al espectáculo serio y verdaderamente artístico; de esa manera no podrían protestar, para retraerse del abono, acusando á ciertas óperas de pesadas y soporíferas; y quizá estimulado con esta separación, en lo que al gusto artístico se refiere, es posible que emprendieran el nuevo rumbo, que es el verdadero y realmente bello.

PEDRO ALBALADEJO

TOLEDO Y SALAMANCA

IMPRESIONES DE VIAJE

Viajar, recorrer el mundo en busca de sensaciones nuevas, de nuevos parajes y de nuevas ideas, vale tanto como resucitar á nueva vida, cambiando á cada instante de costumbres y aun de opiniones. Mas si la ciudad ó el país hacia el cual nuestro viaje se encamina son de aquellos que, petrificados en la vida de los siglos, pueden enseñarnos sus viejos monumentos y sus tradiciones, aún más viejas, la resurrección de que antes se hablaba más tiene de salto atrás que de otra cosa, y el mundo y la vida que ante nuestros ojos se presentan, no son, por cierto, nada para nosotros desconocido ni nuevo, sino algo que vagamente habíamos soñado, algo que de referencia conocíamos, algo que nos transporta á las edades pasadas y nos hace venir á la memoria las viejas historias y los antiguos recuerdos, sin que nosotros vayamos á buscarlos allá en las profundidades de nuestro cerebro, sin que para hallarlos hayamos de reconcentrar nuestra atención siquiera, sino surgiendo al conjuro de cuanto vemos, casas y templos, palacios y ruinas, viejos escudos y enmohecidos hierros.

Nuestra gloriosa historia nacional, más que en las viejas crónicas ó en las investigaciones contemporáneas; más que en la historia científica de ahora y que en la historia poética de antaño, puede y debe estudiarse en las hoy abandonadas y tristes ciudades en que en otros tiempos deslizáronse los grandes acontecimientos políticos y viviése la vida nacional. Burgos y Córdoba, Avila y León, Segovia y Pamplona, Granada y Oviedo, son páginas siempre ante nuestros ojos abiertas del viejo libro en que la historia de España está escrita con caracteres indestructibles; mas quien quiera apreciar dos de los más importantes períodos de esa historia y dos de los más simpáticos, no se entretenga en hojear el gigantesco volumen; busque las páginas de ennegrecido pergamino que hablan de la *Imperial* y de la *Sabia*, de Toledo y de Salamanca; encamínese á esas ciudades: á la entre morisca y cristiana que se alza majestuosa sobre el Tajo, atropellado y bramador, y á la que se aposenta tranquila en las márgenes frondosas entre las cuales va *torciendo el curso* (según la frase del maestro León) el manso y cachazudo Tormes.

Veremos representada en Toledo, con sus calles estrechas y retorcidas, sus casas bajas, apenas sin ventanás, sus plazuelas pequeñas é irregulares, sus iglesias al gusto gótico construídas, y su catedral maravillosa, aquel período de total renovación y de verdadera crisis en el humano progreso que denomina el siglo XIII; y en Salamanca, en cambio, con sus anchas y espaciosas plazas, sus altos y ricos palacios, su grandeza y magnificencia por doquier, hallaremos representado, con no menos propiedad, aquel otro período famoso en la vida de la ciencia, y más aún, en la del arte, que se nombró el Renacimiento.

En lo alto de la escarpada loma, Toledo, como si aún temiesen sus moriscos Reyes el furor de los cristianos; con su castillo de San Servando derruido y miserable, pero todavía amenazador é imponente; con sus puertas del Cambrón y de Visagra; con su hebraica aljama, representa fielmente aquella época de terror y de lucha en que parece que debía faltar paz al espíritu y al cuerpo; mas en la cual, mientras se combatía sin descanso y á sangre y fuego, se trabajaba en silencio y se elevaban erguidas tras las fuertes murallas las caladas agujas de las espirituales iglesias.

Y significa Salamanca, sin murallas, ni puertas, ni castillos, ni fortalezas (como no sea la del Clavero, desmochada y ruínosa, apretada por el caserío en el centro casi de la ciudad), pero con palacios portentosos de primorosas fachadas y platerescos claustros ornados de medallones, en que se representan damas vestidas á la moda fastuosa del siglo décimosexto, la otra edad, pacífica, tranquila y reposada en que, mientras nuestros tercios combatían en Flandes y nuestros navegantes iban poco á poco hallando en los desconocidos mares los nuevos países que venían á ser nuestros, trabajábase aquí en el arte y en la ciencia, y brillaban nuestros ingenios más peregrinos, y se extendía el gusto por todo lo clásico, y á su imitación, aquí se producía tanto.

Recorriendo las calles toledanas, ocurrese, acaso, al dar la vuelta á algún estrecho callejón, y por la desierta y empinada calle que ante vuestra vista aparece, van á venir los mesnaderos de algún señor de poderosa influencia en la corte castellana, ó que va á asomarse á la verde colosia de alguna casa arruinada una bellísima cautiva musulmana; en cambio en Salamanca, al sonar algún rumor en las desiertas plazuelas en que hoy crece la yerba, ó al creer oír rechinar en los enmohecidos goznes de las puertas de algún viejo palacio, creése que lo que de él saldrá, lo que atravesará la plazuela será algún fastuoso cortejo de la época de los Austrias, ó alguna procesión de gracias que hagan los doctores de la Universidad con sus vistosas ropas de colores distintos.

Si, pues, como al principio se dijo, todas las páginas del libro inmortal de nuestra historia que encabezan los nombres de Burgos, Sevilla, León, Avila, Segovia, Córdoba, Oviedo, Granada ó Pamplona, merecen estudiarse por quien quiera conocer por sí

nuestro pasado, Toledo y Salamanca, entre sí tan antitéticas, como es distinta la apuntada oja del ancho arco del Renacimiento, ó tanto como se diferencian un cantar de gesta de una poesía del *divino* Herrera, tendrán siempre especialísimo interés para quien quiera saber lo que fué el severo, frío, piadoso, tétrico, reposado y tranquilo siglo XIII, y lo que representó en la vida y lo que en la realidad fué aquel movimiento pagano, brillante, rico, majestuoso y refulgente que se llamó el Renacimiento.

ELOY GARCÍA DE QUEVEDO

MIS COPLAS

A los que me lean.

¡Ahí van!... Ahí las echo... ya tristes ya alegres. Acaso en el aire, sin eco, sin ruido, mis coplas se pierden. ¡Ahí van!... Mensajeras de penas cruces. ¡Ahí van!... ¡Golondrinas que buscan estío, que buscan albergue.

Yo soy un poeta sin fe y sin amores. Si á mí me preguntan: ¿Hay Dios?—mi conciencia — ¡Hay Dios!— me responde. Pero me atormentan acerbos dolores y audaz negativa que invade el cerebro á mí se me impone.

Amores... Yo creo que amar es de niños. El hombre no ama... desea... consigue... y luego el olvido. La muerte del alma. ¡También con su frío! ¡También con su llanto! ¡Lo mismo!... ¡Lo mismo!

Yo soy un poeta que no tengo lágrimas; que no tengo risas, ni angustias, ni afanes... ¡Que no tengo alma! Que tanto lo mismo que murmura el agua. También me dirijo, como ella, cantando, al mar que la traga.

Yo tengo tan sólo muy hondo, en mi pecho, De un rostro que nunca lo he visto, la sombra; de una voz, el eco. Ya veis si es horrible mi horrible tormento. Dudar de la dicha, llevando la dicha muy dentro, muy dentro.

Ahí van mis cantares que encierran perfiles del rostro que llevo cubierto de sombras en mi alma insensible. Que tienen rumores de esa voz sublime que en noche de insomnio me canta, y mi lira su canto repite.

Ahí van... Ahí envío mis coplas vulgares... Tened piedad de ellas y haced que no mueran sin eco en el aire... En mi pecho frío no quieren quedarse... Haced que en las almas de tantos felices encuentren nidales!

ALVARO DE LARRODER

¿SINCERIDAD?

I

En poco tiempo, Luis había conseguido su fama de poeta. Sus versos eran leídos con admiración y entusiasmo por el público y alabados por los críticos más severos. Los periódicos se los disputaban, y sus libros se agotaban edición tras edición.

Que Luis era un buen poeta nadie lo dudaba después de la publicación de su última colección de poesías; bastaba sólo leer cualquiera de ellas para convencerse. En todas se notaba la misma fuente de inspiración, en todas se expresaba con igual fuerza la misma idea. Aquellos sonetos dedicados á una beldad desconocida, en los que se revelaba unas veces el deseo, otras el desaliento y el temor de un amor no correspondido, pero siempre el amor, estaban, sin duda alguna, inspirados por la misma mujer.

Y así era en efecto. Julia, la hermosa Julia, con el instinto propio de la mujer, al leer aquellos versos había adivinado que eran para ella.

II

Julia y Luis se casaron y eran felices. Luis, solicitado por periódicos y editores, continuó publicando sus versos, pero ya no eran aquellos versos tiernos y apasionados que le dieron la fama, eran buenos, sí, pero sin inspiración, sólo escritos para la ganancia.

Poco á poco el poeta fué decayendo, hasta que al fin, ni los periódicos le solicitaban ni sus libros se vendían.

El poeta había muerto.

III

Julia y Luis seguían amándose; sólo el olvido de Luis los entristecía.

No desesperaba el poeta, y pasaba largas horas en su despacho escribiendo un nuevo libro, con el que esperaba recuperar su gloria olvidada.

Por fin se publicó, y al ocuparse la crítica de él, volvió á saludar al poeta, prodigándole toda clase de elogios.

El poeta había revivido.

En sus versos se notaba la misma inspiración de antes, el mismo deseo de un ideal desconocido, la misma pasión.

Por todas partes se oían los más grandes elogios del nuevo libro.

Luis estaba satisfecho del éxito, pero el semblante de Julia no revelaba la misma satisfacción, y en sus momentos de soledad, al leer los nuevos versos elogiados por la crítica con entusiasmo, y agotados en pocos días, ó aquellos versos iguales á los que valieron la fama á Luis, sentía que el llanto resbalaba por sus mejillas y el corazón se le oprimía de tristeza.

Aquellos versos no eran para ella.

M. ORTIZ Y ANGULO